



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9184

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—**Provincias.**—Tres meses, 7'50 id.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. I. rue Caumartin, 61. y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31. y en Londres Agencia General Española, 6, Great Win d Chester, Street

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.—

J. MARTÍNEZ, CIRUJANO DENTISTA

DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE MADRID

Especialista en la construcción y colocación de dentaduras artificiales de infalible resultado.

Piececitas parciales de uno ó más dientes en oro sin paladar y sin ganchos; procedimiento moderno (verdadero sistema americano.) Igual construcción en cauchouc.

Curación de todas las enfermedades de la boca, extracción de dientes por medio de anestésicos locales.

Empastes en muelas cariadas con oro (orificación) y platino (inalterables)

Toda persona que tenga dentadura artificial y por desperfecciones artísticas no pueda usarlas, puede traerla á este gabinete y se le corregirá hasta su perfección.

Opiata, polvos y elixir dentíficos, para limpiar y conservar la dentadura.

Todo garantizado.

Cuatro Santos 10, principal.

Avisando visita á domicilio.

VIERNES 10 DE JUNIO DE 1892.

MME. LEONIE BROUTIN MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un elegante y variado surtido de sombreros de señoras procedente de las principales casas de París.

CALLE DE ANDINO NUMERO 3

LUZ BRILLANTE

Petróleo extra superior.—Completa seguridad.

Se vende en bidones, con grifos precintados de 5 litros.

El precinto garantiza al consumidor la calidad y la cabida.

Nuestra LUZ BRILLANTE es ININFAMABLE. Arde en todas las lámparas para petróleo hasta la última gota sin ningún olor, sin que disminuya la intensidad de la llama y da una luz espléndida.

Depósito en Cartagena.—C. Pérez Lurbe.—Museo comercial.

Exíjase en las tiendas el bidón precintado.

LA TIERRA

III

Según Laplace, pues, nuestro globo se ha desprendido, de la manera anteriormente expuesta, de la nebulosa solar.

En el momento de desprenderse de la atmósfera solar, se hallaba en

estado incandescente y todas las materias sólidas que constituyen hoy la tierra, los metales, los cloruros metálicos, alcalinos y terrosos, el azufre, los sulfuros y aun los peñascos, cuya base es la sílice, la alumina y la cal, existían bajo la forma de gases en dicha atmósfera.

Todas estas materias, estaban sin duda alguna, ordenadas á medida de su densidad, estando las más pesadas, las más próximas al núcleo central, y, á medida que el globo se enfriaba, al atravesar los espacios planetarios, cuya temperatura glacial no puede evaluarse á menos de cien grados bajo cero, los minerales más pesados se precipitaron y formaron una capa fangosa en la superficie del globo.

Mas la masa líquida interna, obedeciendo á un movimiento de flujo y reflujo, rompió en varios puntos esta frágil cubierta, cuyos fragmentos flotaron por la superficie, tal cual vemos flotar las rocas derretidas por la superficie superior de un baño metálico en fusión. Estos fragmentos acabaron por soldarse y así el globo se vio envuelto por todas sus partes esféricas de una bóveda sólida, con alguna frecuencia dislocada y rota.

La teoría de Laplace no excluye la intervención de un Dios creador quien, en un principio, sacó de ia

nada la materia cósmica diseminada en toda la inmensidad del universo, consignándole estas admirables leyes de la gravedad universal, á las cuales está sujeta.

Esta teoría, tan bien conciliada con la religión y la ciencia, es distinta de la teoría materialista, cuyos padres son Lencippe, Demócrito y Epicuro, la cual no ve en el mundo más que la materia eterna con las admirables leyes de la gravitación y reproducción, sin necesidad de un tercero, admirable también, pero nunca visible. Según estos autores, la materia no es más que una reunión formita de los átomos, quienes, poseyendo la facultad de moverse, vinieron á encontrarse formando una aleación ó mezcla; de la cual, las partes más pesadas se precipitaron hacia abajo, produciendo la tierra; las partes sùtiles, se elevaron por los espacios constituyendo los astros.

El poeta Lucrecio revistió las ideas de Epicuro con las seductoras formas de la poesía; pero sabido es que la forma poética no es la llamada á exponer un sistema filosófico, serio, que exija meditación; pues el metro de la forma no se presta tan bien como la prosa, para exponer los principios, con todas las explicaciones incidentales, accesorias y aclaratorias.

LA TIERRA COMO CUERPO FISICO

Considerada la tierra como cuerpo físico, es á simple vista un conjunto de tierra y agua. Esta es la que ocupa la mayor extensión superficial del globo, pues ocupa más de sus dos tercios, sin comprender los ríos, lagos y mares interiores; la tierra, que ocupa un tercio de dicha superficie, es una masa de materia sólida que consiste en varias capas sobrepuestas, peñascos y montañas.

Siempre se ha sospechado que la forma de la tierra debía ser redonda, cuya forma es la aparente en todos los cuerpos celestes.

Este fenómeno, cuya vista total no abarcamos intuitiva é inconcu-

samente, tiene varias razones en su favor, hijas de la observación.

Ante todo, el horizonte, á cuyo final nunca podemos fijar linderos, pues por más que avancemos, siempre huye y se escapa á nuestras manos, ojos y pies; luego, á medida que avanzamos, tras un monte viene una cordillera, y así sucesivamente se suceden objetos siempre nuevos; prueba también la redondez de la tierra el modo como nos apercibimos de los objetos, pues cuando asoman los vemos por la cima, y más tarde por la base; también lo prueba la operación que sigue á nuestro paso, pues los objetos, de los cuales nos alejamos, dejamos de verlos de su pie mucho antes que su cabeza haya desaparecido á nuestros ojos; este mismo fenómeno se observa en los mástiles de los buques, según vengán ó vayan á alta mar; en fin, todo contribuye á demostrarnos la curvatura constante de la superficie del globo, la cual, sin embargo, no es sensible á nuestra vida, sino cuando la distancia entre el objeto y nosotros es suficientemente grande para que la forma convexa pueda desarrollarse.

Los viajes alrededor del mundo, emprendidos desde el siglo XVI, y sobre todo, las observaciones astronómicas hechas en París y Londres, han demostrando que la tierra es un esferóide muy ligeramente aplastado hacia los polos y un poco crecido hacia el ecuador.

No obstante, las desigualdades que vemos en la superficie de la tierra, como colinas, valles, montañas, abismos, etc., no perjudican su redondez; porque relativamente á la magnitud del globo, las más altas montañas son menos elevadas que las pequeñas asperezas, que pueda tener la corteza de una naranja con relación á su propio tamaño.

(CONTINUARÁ.)

MODESTO MARTI.

COLABORACION INEDITA.

CORONA DE ESPINAS.

Apenas las primeras sombras de la noche envolvían las calles de la ciudad, á la misma hora, con idéntica puntualidad, pasaba un día y otro por delante del café, llamando la atención de los que estábamos á la puerta gratamente ocupados en ver las caras bonitas de tanta y tanta mujer de trapío como transitaba por aquel sitio.

Ea aquella mujercita tan linda, todo agradaba, su aire sencillo, su elegancia sin pretensiones, su todo en fin, porque era uno de esos tipos de mujer que no tiene *pero*, al menos en lo físico y que á la vista está.

La seguí una tarde tratando de saber quién era ó dónde vivía, pero ella notando la persecución de que era objeto, se detuvo hasta dejarme pasar de largo, noté el examen rápido á que me sometió y observé que apresuradamente desarrollaba lo andado con objeto de hacerme perder su pista.

El mismo resultado obtuve dos ó tres veces más que repetí la operación, comprendí que era conveniente variar de táctica y á hacerlo así me preparé.

Pero ella adelantándose á mi pensamiento dejó de pasar, como acostumbraba todas las tardes, por delante del café; esto me contrarió al punto y como mayormente no tenía interés ninguno en seguir al asunto, traté de olvidarlo consiguiéndolo sin gran trabajo.

Pasaron una porción de días sin que volviese á ver á mi desconocida, al fin un día apareció de nuevo.

Era una de esas tardes de otoño en que el fresco empieza á dejarse sentir; había llovido mucho durante el día y las calles estaban materialmente cubiertas de fango.

En cuanto la volví á ver, el mismo deseo de antes se apoderó de mí. ¿Quién será? volví á preguntarme y para saberlo, empecé mi peregrinación tras de ella pero con gran cautela para no ser notado.

¿Qué incitante y qué hermosa iba aquella tarde! Recogiéndome la falda con cierta gracia para no mancharla con el barro dejaba ver un pie pequeño, delicadamente calzado por bota alta que estrechando entre su piel el principio de la pierna, dejaba adivinar una conformación de primer orden.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 70

LUCI.

67

Ha sido pues un día feliz, un día de oro y lo apunto con piedra blanca. No hemos recibido á mis tíos y primas con pallo, pero las he besado y abrazado con el corazón. Hoy me parecían lindas, buenas y cariñosas... y es que yo estaba contenta de mí misma.

Te ama y te abraza tu invariable,

LUCI.

VII

Palacio de Gaztelú.—4 de Agosto 188...

Querida Clara: Todo cuanto me dices en tu última es muy tuyo, es decir: muy bueno. Como en iguales casos sucede siempre, cada reflexión tuya parece hecha por la prudencia misma, cada palabra semeja una gota de bálsamo que cierra instantáneamente la herida sobre que se derrama. Las de mi amor propio quedan curadas: digo como tú; la bondad descompone los colores, la tuya ha vuelto el gris, blanco y le abre con alegría el alma á su reflejo.

Al encontrarme en lo que desde abajo parecía un pico y era ancha meseta, sentí asombro, orgullo, una nueva explosión de gozo y apoyada con mis dos manos al brazo de mi tío; me parecía sobre aquel inmenso pedestal ser nada menos que una de aquellas piedrecillas azules ó cristalizadas que cogía en mis paseos de niña, aun menos: me parecía un átomo de los más imperceptibles de los que yo había descubierto mecidiéndose al rayo del sol, semejantes á dorado polvo.

Medio estática me puse á contemplar el cuadro que se desplegaba á mi vista y al fijarme en su esplendor, en su grandeza, hube hasta de olvidarme de mí misma. En contraposición del mar y de sus moventes olas, allá á mi diestra se alzaban moles y moles de piedra sobreponiéndose unas á otras como si las más bajas pretendieran alcanzar á las más altas y todas juntas asaltar el cielo. Rocas, picos, empinadas crestas, se recortaban con atrevimiento en el azul y resplandeciente pabellón que las cubría. Lejos, más lejos, se tendían en caprichosas direcciones los ríos como estrechas bandas de plata; los arroyos como hilos de cristal enredados en las junqueras de sus orillas; los ibones y remansos de las fuentes, brillaban reflejando la luz que devolvían como el opalo y el diamante. Ni un rumor subía de la llanura; los ruidos eran los de la selva y la montaña; esos que produce el viento cuando arrastra sus alas de cima en cima, y las águilas se ceran tocando las nubes.